



Raíces

El auditorio de la Casa de Campo de Madrid está lleno hasta los topes. Son veinte, veinticinco mil muchachos y muchachas que corean el estribillo de las canciones de un grupo roquero autóctono. Y no sólo es eso: de vez en cuando el locutor —es un espectáculo transmitido por radio— lanza con voz estentórea un "slogan" publicitario que el público corea también. El locutor actúa como un pequeño dictador. Marca las pausas y los ritmos, jalea, anima y conmina. Veinte, veinticinco mil voces juveniles responden obedientes.

Oigo por la radio una actuación madrileña del grupo gallego Fuxan Os Ventos. Cantan canciones de trabajo y de cólera, de nostalgia y de rebelión. Al final, junto con el público, el viejo, el entrañable "Himno gallego". Los portavoces del grupo presentan sus canciones en gallego y en castellano. Explican la conflictiva realidad de su tierra, tranquilamente hablando, sin tratar de imponer nada a nadie. Un público presumiblemente castellano-parlante responde a su mensaje. Y al final, cuando tras la reivindicación nacional gallega se expresa la solidaridad con el pueblo castellano, "tan víctima como nosotros de un centralismo irracional", el teatro entero vibra de emoción.

Dos experiencias distintas, pero en las cuales la música juega idéntico papel unificador. En una, el propósito lúdico, liberador es adulterado deliberadamente. En la otra se busca la inteligencia del espectador, su sentido crítico, sin olvidar llegar también a su capacidad emotiva. En los dos casos hay una comunicación colectiva. Una, manipulada; otra, libre.

Los informadores que trabajan a sueldo de las multinacionales del disco han jugado fuerte a la carta del desprestigio de lo que un día se llamó —no muy afortunadamente— canción protesta. Para ellos la experiencia de la canción popular recuperada "se ha agotado". No en cambio las canciones que vienen de USA, que traen el mensaje pasota envuelto en auras publicitarias. La barbarie capitalista sigue con su genocidio cultural. Tiene colaboradores por doquier. Y lo malo es que ponerse enfrente quiere decir que está uno "defasao". De lo que se trata es de abolir nuestras raíces. Quemar nuestra memoria. Gritar hasta quedarse roncos. "Más tías y menos ideologías", clamaban el otro día unos bárbaros por ahí, bajo la sonriente mirada de un neo-filósofo que se atusaba la barba. Se trata de que no tengamos a dónde agarrarnos para que terminemos cantando todos a coro el himno de alguna multinacional. Y si puede ser —todo se andará— marcando el paso de la oca.

JAVIER ALFAYA

Elogio desmedido de... GABRIEL CELAYA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Explicar o retratar a Gabriel Celaya en un elogio es caer precisamente en el descomedimiento, en la desmesura. Todo en Celaya es desmesurado, y así van estas líneas, acordes con su persona, con su obra, con sus afectos y pasiones, con su beber vino o lágrimas, con sus alegrías o sus abatimientos. No sé si a un lector joven le producen hoy los poemas de Gabriel un efecto parecido al que provocaron en una o dos generaciones anteriores de catecúmenos de la poesía, pero puedo asegurar que la literatura castellana de posguerra sería explicada de otra forma sin los versos a destajo de Celaya.

Gabriel Celaya perteneció a un grupo de escritores *moralistas*, provocadores de una antimoral política y estética frente a la poesía oficial de la dictadura. Con los otros cinco clamorosos de los años cuarenta —Blas de Otero, José Hierro, Victoriano Crómer, Eugenio de Nora y Angela Figuera— entró como caballo siciliano en los dominios del trino de ruiñones sobre la ruina física y metafísica del país. Desmañado, poco cuidadoso de la sonoridad, ritmo y cadencia de sus versos, el entonces ya maduro Rafael Múgica, de *La soledad cerrada*, y recién nacido Gabriel Celaya, comenzó, en San Sebastián, la *Colección de Poesía Norte*, al lado de Amparo Gastón, la mujer que le ha seguido y aguantado y a la que él ha perseguido siempre. Son los años de *Tranquilamente hablando*, *Las cosas como son*, *Las cartas boca arriba* o *Lo demás es silencio*.

Yo le conocí mucho más tarde, bien mediados los cincuenta, cuando Amparo y él se habían instalado en Madrid, y la literatura de oposición, testimonial o social, se había asentado también semioficialmente en la capital. Para mucha gente fueron años frenéticos, de actividad política, de trabajos para sobrevivir y de descabellada carrera por escribir y publicar, por ocupar cualquier hueco o resquicio que permitiera irse infiltrando entre los muros

caducos de un sistema hostil. Por su casa de Nieremberg, 21; pasaban amigos, jóvenes poetas, dirigentes y militantes políticos clandestinos y no tan clandestinos, profesoras norteamericanas especializadas en el "homo hispanicus poeticusque", sablistas de veinte duros, vendedores de bidés con chorrito, aduladores y policías. Gabriel tenía tiempo para todos y para todo, aporreando la máquina de escribir como un pianista enloquecido y tomándose unos tintos con quien le cayera bien. Aparte su presencia, sus ojos azules de niño comulgado, su risa disparada y balbuceante, sus naturales broncas con Amparo, en las que ella llevaba casi siempre

la razón, y su cordialidad, lo que fueron aquellos años y los que siguieron puede encontrarse entre los versos de todos sus libros. Porque aunque Celaya diluya su *yo personal* en un *yo colectivo*, se le escapan continuamente reseñas de su vida cotidiana, del trato con los compañeros, de sus dudas, de su conciencia de que, como militante político y moralista poético, le resultaba indecente en aquellos tiempos escribir un poema perfecto.

La relativa normalización política y cultural en la que vivimos desde el 20 de noviembre de 1975 ha actuado en Gabriel Celaya de un modo muy distinto

al que algunos esperaban. No ha asumido el papel de un Alberti —el gran exiliado exterior— y no se ha presentado o dejado presentar como el gran exiliado interior o combatiente por la democracia en nombre de una ideología. La última vez que charlé con él fue en San Sebastián, en el homenaje a Luis Martín Santos, hará ya un par de años. Con los amigos y compañeros era el de siempre, pero me pareció notar y entender, por lo que hablaron él y Amparo, que voluntariamente se retiraba del elitismo político para centrarse más en su obra de escritor, sin prisas ya, sin más pasión que vivir su vida junto a Amparo, con sus amigos y entre su gente. Lo demás es bullicio. ●

